



No se puede entender qué es el pecado si no se entiende antes la relación profunda que existe entre Dios y los hombres.

Porque la idea de pecado se construye sobre varios pilares. Uno es la existencia de un Dios que tiene un designio de amor para los seres humanos.

Otro es la libertad del hombre, que puede escoger entre el bien y el mal, que puede dar un sí a Dios y a los demás, o un sí al egoísmo y a la avaricia.

En los corazones y en las sociedades donde se piensa o se vive como si Dios no existiese, es imposible pensar en el pecado, por más que sea una realidad.

Como tampoco se puede entender el pecado si uno supone que no hay libertad, que somos esclavos del instinto o de las presiones sociales.

A pesar de tantos obstáculos ideológicos para aceptar que existe el pecado, muchos sentimos descontento cuando obramos el mal.

Porque percibimos una voz interior que nos acusa cuando hemos mentado a un amigo, cuando robamos un aparato "pequeño", cuando preferimos quedarnos en cama en vez de ayudar en casa.

Esa voz no se explica simplemente como una estructura molesta y anacrónica, sino que surge desde el deseo de bien, de verdad, de justicia, que son parte de nuestra humanidad.

Ese deseo se funda y justifica plenamente solo si aceptamos que la ética no es una invención humana, sino que depende radicalmente de un Dios que nos ha creado por amor y para amar.

Para entender el pecado necesitamos, por lo tanto, abrir los ojos interiores para descubrir que somos importantes para Dios y para asumir, responsablemente, ese gran

don de la libertad.

Esa libertad nos construye cada día: cuando escogemos el mal, que nos daña, o el bien, que engrandece precisamente porque significa optar por el amor.